

LA CATALUÑA QUE PELEA CONTRA EUROPA

POR

FRANCISCO CANALS VIDAL (*)

El profesor Elías de Tejada, al concluir la primera parte de sus estudios sobre pensamiento político catalán, titulada *La Cataluña clásica (987-1479)*, anunciaba sus ulteriores estudios que proyectaba con la expresión, tan característica de su pensamiento y de sus juicios valorativos: «Lo que van a ser los doscientos cincuenta años siguientes: la Cataluña que pelea contra Europa» (1).

En su intención y en el contexto de su pensamiento «Europa» no era una expresión geográfica. Tampoco lo es evidentemente para los «europeístas» catalanes; y así la tesis formulada expresa muy adecuadamente la afirmación de que Cataluña, fiel a su plenitud conseguida en el mundo de la Cristiandad, se enfrentó durante la Edad Moderna a todo cuanto obró la ruptura del mundo cristiano.

Han sido estos ideales y actitudes políticas antropocéntricas los que han sido valorados positivamente, como «europeos», por todos los que han sentido hostilidad y desprecio por la unidad cristiana y por la tradición católica hispánica. Son estos ideales los

(*) Reproducimos con mucho gusto la contribución del profesor Francisco Canals al volumen dedicado a la memoria de Francisco Elías de Tejada y Spínola dentro de la colección, dirigida por Angel Sánchez de la Torre, *Maestros Complutenses*. El texto de nuestro ilustre colaborador figura en las páginas 95-101 del citado libro, aparecido en Madrid en 1996 con el patrocinio de la Fundación Central Hispano (N. de la R.).

(1) FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, *Historia del pensamiento político catalán*, tomo I: *La Cataluña Clásica (987-1479)*, pág. 431 (Sevilla, Ediciones Montejurra, 1963).

que han inspirado la secularización antropocéntrica y anteteística en que se ha ejercitado la apostasía del mundo occidental.

Si alguien pensase que la tesis histórica que formuló Elías de Tejada es expresión de un deseo y opción «tradicionalista», pero que carece de referencia real a la vida histórica de Cataluña, se revelaría como desconocedor de la misma e incluso vuelto de espaldas a la consideración del real proceso de la vida catalana durante los siglos modernos.

Digamos enseguida que la constatación de la perseverante fuerza que el espíritu tradicional y «antimoderno», «antieuropeo», heredado de los siglos de Cristiandad, ha mantenido en Cataluña, ha llevado precisamente, también desde valoraciones ideológicas antitéticas a las que profesaba él mismo, a juicios que vienen a dar la razón a la tesis del profesor Elías de Tejada.

Vicens Vives, historiador empeñado en el análisis social y económico, y hostil a la pervivencia de la historiografía romántica del anterior nacionalismo catalán, ha coincidido con las más radicales afirmaciones «extrinsecistas» que respecto del catalanismo habían formulado los catalanistas de raíz «federalista» y de inspiración filosófica laicista y secularizadora: Vicens Vives afirmó que, en su maduración en torno a los últimos años del pasado siglo y el comienzo del presente, el catalanismo fue «el reencuentro de Cataluña con Europa después de cuatro siglos de ausencia» (2).

Rovira i Virgili había propugnado la tesis del origen extrínseco o centrípeto del catalanismo cultural y político, hasta el punto de propugnar el total olvido de las guerras carlistas, a la vez que veía a éstas en continuidad con los alzamientos de 1640, 1705, y con la guerra antijacobina, la *guerra gran* de 1793-1795 (3).

En conexión con este extrinsecismo, los historiadores catalanistas de signo izquierdista y antitradicional descalifican sin más, como testimonio de una Cataluña sin alma y sin vida, nada menos

(2) Véase mi artículo «Sugerencias sobre la Tradición catalana», en *Cristiandad*, año 23, núm. 425, págs. 146 a 168 (7-VIII-1966).

(3) A. ROVIRA I VIRGILI, *Història del moviment nacionalistes*. Serie III, pág. 191 (Barcelona, 1914).

que la tenaz resistencia que los catalanes, con los otros españoles, habían opuesto a la dominación francesa napoleónica.

Resulta sorprendente que guerras que tuvieron el carácter de algo asumido por la práctica unanimidad del pueblo catalán, con profundo arraigo popular y rural, y ejercidas a través de la vida gremial característica del tejido social catalán durante siglos, fuesen calificadas como signo de que Cataluña estaba muerta como pueblo.

El nacionalismo es al amor patrio lo que es un egocentrismo desordenado en lo afectivo, y pretendidamente autojustificado por una falsa filosofía, a aquel recto amor de sí mismo que se presupone incluso en el deseo de felicidad y en la esperanza teológica por la que nos orientamos a la bienaventuranza sobrenatural. Pero el amor propio desordenado puede llevar, como afirmó San Agustín a la rebeldía y al odio contra Dios.

El nacionalismo, amor desordenado y soberbio de la «nación», que se apoya con frecuencia en una proyección ficticia de su vida y de su historia, tiende a suplantar la tradición religiosa auténtica, y sustituirla por una mentalidad que conduce por su propio dinamismo a una «idolatría» inmanentista, contradictoria intrínsecamente con la aceptación de la trascendencia divina y del sentido y orientación sobrenatural de la vida cristiana.

La filosofía nacionalista se nutre de fuentes surgidas en el idealismo alemán, y ejerce su influencia máximamente por medio de las deletéreas confusiones en que se mueve, a modo de sublimación del resentimiento, el romanticismo en todas sus dimensiones.

Desde este idealismo y sentimentalismo romántico, la historia real de los pueblos es encubierta, y suplantada por perspectivas que imponen la nebulosa abstracción de un falso «deber ser», a la realidad de los hechos y a los principios del derecho natural cristiano.

Para Rovira y Virgili, y para Ferrán Soldevila, la «Cataluña nacional» que se habían forjado desde sus presupuestos filosóficos, «debía ser» revolucionaria y desde luego antiespañola (4).

(4) Esta comprensión característica de la historiografía nacionalista de

No podían reconocer la auténtica «nacionalidad catalana» en guerras contra revolucionarias, realizadas en unión con todos los pueblos españoles, y abiertamente ejercidas al servicio del orden cristiano tradicional.

Pero la mayor tragedia de la Cataluña deformada en su conciencia histórica por el catalanismo, no se ha dado por influencia de quienes han propugnado un catalanismo abiertamente extrinsecista y revolucionario, sino que se ha ejercido trágicamente, a partir del sedicente «regionalismo», «modernista» o «noucentista», en los propios ambientes herederos, familiares y culturales, de la Cataluña tradicional.

Los catalanistas «federalistas» y filosóficamente descristianizadores, se orientaban políticamente a reclutar para el catalanismo al izquierdismo catalán de antecedentes federalistas o republicanos. Los sedicentes «regionalistas» —con táctica exotérica— pero teóricos también del nacionalismo catalán, buscaron, incluso con pretextos de un falso y aparente «tradicionalismo» en algunos casos, reclutar para el catalanismo político a los descendientes de las familias carlistas.

Entre estos catalanistas, vistos generalmente como «conservadores», profunda y explícitamente liberales, se ha producido la mixtificación de más deletéreos resultados para la desintegración de la auténtica Tradición catalana.

Fue esta cultura catalanista «conservadora» la que, a través de aquellas nebulosas y confusiones del «resentimiento» romántico, entregaba a los herederos de la tradición a la política de los enemigos liberales de la misma, y la que trataba de buscar pretextos en el pasado de Cataluña, para ofrecerlos a aquellos sectores «conservadores» y aun sedicentes «derechistas».

De ahí que en nuestro siglo —dejando de lado la inicial mitificación decimonónica de los hombres del alzamiento catalán antiborbónico, consumado en una gloriosa tragedia del 11 de septiembre de 1714—, se haya tendido a desprestigiar la Cata-

orientación revolucionaria inspira también la *Història de Catalunya* de Ferrán Soldevila. Véase especialmente el volumen III (Barcelona, 1935).

luña del siglo XVIII, y los ideales y sentimientos «medievales», por los que lucharon los catalanes en aquella guerra heroica.

Ya el propio Prat de la Riba, a pesar de pretender relacionar el despertar moderno de Cataluña con el movimiento de los catalanes en las Cortes de 1701, había proclamado la conveniencia de no imitar a «los que presidieron la decadencia de Cataluña» (5).

Esta sutil y ocultamente despectiva valoración de los héroes de 1705-1714, inició una serie de revisiones de la historia catalana por las que se ha tratado de forjar una nueva conciencia «nacional» para Cataluña.

Los esfuerzos de quienes han buscado el origen de la cultura moderna del catalanismo en las tareas culturales realizadas en la Universidad de Cervera, hogar del reformismo borbónico pre-ilustrado, o en la llamada generación ilustrada formada por eclesiásticos regalistas y jansenistizantes, se revelan inconsistentes ante un análisis atento de la vida cultural de Cataluña en el siglo XVIII (6).

Tales esfuerzos sirven al intento de que Cataluña olvide, como siglos de muerte cultural, a todos los que durante la Edad Moderna estuvieron llenos de gloriosas figuras en las que se mantenía perseverante el pensamiento escolástico y la concepción del mundo que había inspirado la formación del pueblo catalán en la Edad Media.

(5) Prat de la Riba escribió esto en las páginas de *La veu de Catalunya*, siendo todavía reciente la creación como diario de esta publicación que sería el órgano de la política «regionalista». Las palabras de Prat de la Riba fueron escritas en 1901.

(6) La revisión de la historia de Cataluña orientada a buscar en la Universidad de Cervera el punto de partida cultural de la Cataluña moderna fue iniciada por Ignasi Casanovas, S. I. en sus estudios sobre Fines-tres (Biblioteca Balmes, Barcelona, 1931) y sobre Balmes (Editorial Balmes, Barcelona, ...). Continuó esta línea entre otros Miquel Batllori, S. I. La búsqueda de la modernidad catalana en la generación eclesiástica ilustrada y jansenizante ha sido obra principalmente de Joan Bonet i Baltà, cuya inspiración han seguido otros historiadores como Ramón Cors i Blay, estudioso de la figura de Félix Amat (Barcelona, Herder, 1992).

De este modo, el nacionalismo catalán, actualmente hegemónico en la vida política, ha podido llevar a su culminación el encubrimiento prácticamente total de todo lo que, desde fines de la Edad Media hasta nuestros días, manifiesta la perseverante continuidad de la Cataluña tradicional. Atrevámonos a ejemplificar concretamente algunos de estos olvidos intencionados e instrumentados al servicio de la creación artificial de aquella nueva conciencia:

El protagonismo de los catalanes en la Cruzada de Lepanto; la pervivencia en Cataluña de aquel espíritu de cruzada que los llevó a estar presentes en las guerras contra los turcos, desde los tiempos del Emperador Carlos V —lo que es evocado por el historiador «austracista» Narciso Feliu de la Peña en sus *Anales de Cataluña*— hasta las batallas que liberaron a Viena y a Budapest en 1683 y 1686.

La acción de defensa del Pontificado frente al galicanismo, ejercida por el insigne dominico fray Juan Tomás de Rocaberti; la universal influencia en favor de la doctrina de Santo Tomás que obró en el siglo XVIII el dominico barcelonés fray Juan Tomás de Boxadors (7).

El espíritu tradicional e hispánico de los catalanes enfrentados a la dinastía borbónica en la guerra de Sucesión; la popularidad de la guerra antijacobina y antinapoleónica; la tenacidad antiliberal relizada en la guerra de la regencia de Urgel, en la guerra de los «*agraviats*», y en las guerras carlistas; la abundante y gloriosa pléyade de apologistas y polemistas contrarrevolucionarios que van desde el obispo Strauch, pasando por Vicente Pou y Jaime Balmes, hasta el autor de *El Liberalismo es pecado*.

El hecho cultural, grandioso y oculto, de que fuese *Mossén*

(7) Véase sobre el Cardenal Rocabertí el discurso de Torras i Bages *En Rocabertí i en Bossuet*, pronunciado en 8 de mayo de 1898 en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, precisamente hablando por primera vez en lengua catalana en esta institución. Sobre el Cardenal Boxadors véase el estudio de Joan Tusquets *El Cardenal Joan Tomás de Boxadors i la seva influència en el Renaixement del tomisme (Anuari de la Societat Catalana de Filosofia, Barcelona, 1, 1993)*.

Cinto Verdaguer el cantor de la Hispanidad en su conquista evangelizadora, glorificador de *Isabel, la de Castilla, la Reina de los Reines que hi ha hagut*, el poeta por el que no se frustró en la artificiosidad de las imitaciones, pretendidamente medievilizantes, del romanticismo francés y castellano; la obra literaria de la generación de los «Juegos florales».

Sirva este esbozo de enumeración para apoyar la afirmación de que el catalanismo está empujando siempre a los catalanes a avergonzarse de lo que han sido, y a ocultar todo aquello que en su historia no resulta coherente con la «*Catalunya de paper*» que *Torras i Bages* denunciaba como forjada por la falsa filosofía que lo ha nutrido.

De este modo el catalanismo se ha ejercido en dirección anti-tética a la Tradición catalana, tal como la definió aquel venerable Obispo, que definió admirablemente a España como «conjunto de pueblos unidos por la divina providencia» (8). Deseando arrinconar este reconocimiento de España, y el dinamismo secular de la tradición hispánica de Cataluña, los intelectuales manipuladores de nuestra conciencia colectiva adulan a nuestro pueblo con el extraño argumento de presentarlo como una excepcional avanzada, en lo que llaman el Estado español, de la «Europa moderna».

Esta tendencia ha culminado en la reciente pretensión de presentar la «identidad» de Cataluña, y su «hecho diferencial», en la perspectiva prácticamente exclusiva de las evoluciones económicas-sociales por las que surgió en Cataluña una clase burguesa de estilo «europeo», por una transformación —posibilitada por el comercio con América— de su artesanía a una industria textil; en tiempos en que todavía en otros pueblos españoles se mantenía una sociedad predominantemente agraria.

Se ejercita aquí también una de las deformaciones ideológicas de la filosofía nacionalista, que condiciona el análisis sociológico,

(8) Esta precisa afirmación, por completo opuesta a cualquier concepción «nacionalista» de la Historia, la escribió *Torras i Bages*, siendo ya Obispo de Vich y en el prólogo de la segunda edición de *La tradició catalana* (*TORRAS I BAGES, Obres completes*, vol. VI, pág. 14. Biblioteca Balmes, Barcelona, 1935).

hasta el punto de que estamos ante el intento de definir la identidad de un pueblo por una clase social.

El propio Vicens Vives había dicho que Cataluña era «*Un poble de pagesos*»; y uno de los tópicos comunes a los *noucentistes* y a los «modernistas» fue el de combatir el «ruralismo» y «pairalismo» de la literatura del catalanismo decimonónico.

Si recordamos también los hechos sociales que se presuponen en *l'auca del senyor Esteve*, que quiso ser una sátira y vino a resultar una glorificación de la pequeña menestralía de los *botiguers*, esta nueva definición de la esencia del pueblo catalán desde la hegemonía de la clase burguesa, nos podría parecer sorprendente y contradictoria.

Pero es sociológicamente explicable esta evolución que ha conducido al catalanismo orientado a encontrar su arraigo electoral en la que llaman «Cataluña profunda», a una definición que, aspirando a moverse en el «esencialismo» idealista, ha venido a caracterizar a Cataluña desde la burguesía surgida en la Revolución Industrial.

La paradoja viene a mostrarse en su coherencia, si no olvidamos la génesis romántica del sentimiento y del movimiento cultural catalanista. El romanticismo, en efecto, que en Cataluña tuvo su prolongación a través de la «*Renaixença*» (9), no será nunca comprendido en sus rasgos complejos y aparentemente contradictorios, si no se advierte en él una actitud que fue sólo posibilitada por el ascenso de las clases burguesas, y por las aspiraciones que acompañaron aquel ascenso (10).

Toda la cultura romántica podría ser comprendida como un

(9) He estudiado esta continuidad entre la generación romántica catalana y el movimiento literario y cultural de la llamada *Renaixença* en mi artículo «Catalanismo y tradición catalana» (*Cristiandad*, Barcelona, año 18, 1961, núm. 362, págs. 86-90).

(10) Véase EUGENIO VEGAS LATAPIE, *Romanticismo y Democracia* (Santander, 1938); CHARLES MAURRAS, *Romanticisme et Révolution* (Versalles, 1928) y también en mi estudio *Cristianismo y Revolución* (Speiro, S. A., Madrid, 1986, II edición, cap. VI sobre «El Romanticismo en la génesis del catolicismo liberal»).

conjunto de gestos reveladores de una como «sublimación» del resentimiento contra el antiguo orden de la sociedad tradicional-aristocrática, estamental y, en lo referente al tejido social agrario y de la artesanía «menestral» de las ciudades, con una vida arraigada en las tradiciones familiares, y vertebrada en sus actividades económicas, en la estabilidad de las «cases peirals» o en el ritmo ordenado de lo «gremial».

El reconocimiento, asumido conscientemente, y proclamado con complaciente autosatisfacción, de la originación romántica del catalanismo, fue común a izquierdistas extrinsecistas y a sedicentes «intrinsecistas», teorizadores idealistas del nacionalismo «esencial».

Todos ellos, por cierto, y en todas las direcciones del abanico ideológico que va desde el federalismo hegeliano de Valentí Almirall asumido por Rovira i Virgili, al conservadurismo sedicente tradicional y «balmesiano» de Ignasi Casanovas, y al entusiasmo «ilustrado» de Joan Bonet i Baltà, admiten sin dificultad que fue la previa castellanización lingüística de las clases cultas barcelonesas la que hizo posible la apertura a la modernidad europea de la que surgiría la conciencia y la voluntad de ser que dicen caracterizar el contemporáneo nacionalismo (11).

A modo de argumentación «*ad hominem*», habría que atreverse a decir que, desde la doctrina predominante en el nacionalismo catalán, que pone la «lengua» como carácter esencial de la «Nación», y teniendo en cuenta la afirmación de Prat de la Riba, para el cual cambiando a un hombre su lengua se le habrá cambiado su alma, los nacionalistas vienen a reconocer, como sus

(11) La tesis según la cual el reformismo cultural preilustrado o ilustrado que fue efecto en Cataluña del reinado de la dinastía borbónica, y que se ejerció expresamente en la asimilación de las clases cultas catalanas a la lengua castellana —impuesta en los tribunales y en las aulas por la política de Carlos III— se encuentra expresamente afirmada en el prólogo de Joan Bonet i Baltà a la obra de FRANCESC TORT MITJANS, *El Obispo de Barcelona Josep Climent i Avinent* (Barcelona, 1978, págs. XV-XVII). También en el estudio de Hilari Ragner incluido en *Contribució a la Història de l'Església catalana. Homenatge a Mossèn Joan Bonet i Baltà* (Abadía de Montserrat, 1993, en las págs. 183 y 184).

precursores originarios, a movimientos surgidos entre catalanes a los que les había sido cambiada el alma por el reformismo borbónico e ilustrado.

Este afrancesamiento les preparó para la contaminación del liberalismo de importación francesa, que les asimiló, con instrumentos lingüísticos castellanos, a la España europeizada del siglo XVIII y del «jacobinismo» de liberalismo centralista español.

En esto vienen a reconocer todos el origen extrínseco y «*botifler*», por decirlo con la expresión popular con que los catalanes motejaron, en los años del alzamiento catalán antiborbónico de 1705-1714, los grupos minoritarios que no compartieron la «pelea contra Europa» que se ejercía en aquella guerra antiabsolutista, que fue precedente, remoto pero inconfundible, de la larga lucha catalana contra el Estado moderno ilustrado y liberal de importación afrancesada (12).

Nadie dudaría en el plano de una psicología y ética que se ocupase de la vida personal, individual, de un hombre, que no es nunca el «autenticismo» garantía de autenticidad y de sinceridad. Incluso es fácilmente perceptible el riesgo de que una vida centrada como en su ideal y fin en la realización de lo que es propio e individual del «yo», conduce fácilmente a una situación enfermiza de narcisismo obsesivo.

«Traición es, mas como mía», hace decir Zorrilla a don Juan Tenorio. Este «solipsismo» proclamado, que se realiza muchas veces también es el ámbito de la vanidad colectiva de las familias, tiene su analogía, teorizada por doctrinas sobre la superior «substancialidad» del «espíritu del pueblo», en las actitudes y senti-

(12) Es un hecho siempre silenciado por los historiadores, especialmente en la medida de su orientación catalanista, que Cataluña es, de todos los pueblos europeos, aquel que más reiteradamente se ha alzado en guerras de arraigo popular contra el Estado liberal: la *guerra gran* de 1793-1795; la guerra de la independencia antinapoleónica de 1808-1814; la guerra anti-constitucionalista de la Regencia de Urgel durante el trienio liberal de 1820-1823; la guerra antiafrancesada de los *agraviats* en 1827; la «primera» guerra carlista; la de los *matiners* de 1846-1849; y la «segunda» guerra carlista de 1872-1875.

mientos que trata de imponer a un pueblo la política cultural nacionalista. El nacionalismo corre así el riesgo de convertirse en una enfermedad mental colectiva.

El propio Prat de la Riba, personalmente hombre religioso y de profesión práctica católica, formuló en *«La nacionalitat catalana»* aquella desorientadora doctrina según la cual una Cataluña «nacional» sería siempre «catalana», aunque pudiese ser católica o librepensadora, liberal o socialista, centralista y descentralizadora. Mi maestro el padre Orlandis expresaba su tristeza e indignación por el deformador ideal expresado en las palabras del doctrinario del nacionalismo conservador.

El idealismo romántico que inspira al nacionalismo relativiza y subordina al mito metafísico de la «nacionalidad» todos los bienes humanos, naturales y sobrenaturales. De esta manera el pretexto de creación del «país», de construcción de la nación, resulta prácticamente desintegrador de la vida familiar, desorientador del pensamiento como aprehensión de la realidad, encubridor de la memoria histórica, y estímulo hacia la desorientación de la misma doctrina de la fe católica y de la teología.

Efecto de aquella relativización es la vigencia práctica del tópico de la transigencia y el diálogo, que debilita toda fidelidad y toda exigencia de coherencia puesta en práctica de convicciones asumidas como algo querido por sí mismo, y en definitiva ordenado al bien mismo del hombre y de la sociedad.

Los efectos que en la cultura catalana contemporánea, y en la misma vida religiosa de Cataluña, ha tenido la mentalidad nacionalista, que mi maestro el padre Orlandis decía que «ha castrado a Cataluña», no son accidentales a las actitudes que inspiran al nacionalismo catalán.

La deformación obrada en el plano cultural y «pastoral» ha llegado a ser tan profunda que en los sectores intelectuales católicos del nacionalismo se llega a dar por supuesto que toda actitud de fidelidad al magisterio de la Iglesia, a las enseñanzas pontificias, y a las tradiciones de la «Iglesia institucional», sólo se explica en Cataluña por la contaminación de un falso «españolismo».

La fructificación corrompida de estas corrientes ha sido des-

crita por Pau López y Castellote notando que «en estos momentos, entre nosotros, hay un modo de presentar a Jesucristo que deja su divinidad en una angustiosa ambigüedad. La Sagrada Congregación para la doctrina de la fe, en su declaración de 1972 *Mysterium fidei*, expresa exactamente lo que se nos está diciendo en las aulas y en los libros de texto de religión. Dice así: es opuesta a la fe católica la afirmación según la cual la humanidad y Jesucristo existiría en sí misma como una persona humana, y no como asumida en la persona eterna del Hijo de Dios, y que el misterio de Jesucristo consistiría en que Dios, revelándose en forma suprema, estaría presente en la persona humana de Jesús. Los que así piensan permanecen lejos de la verdadera fe en Cristo» (13).

Advirtamos que el prestigioso escritor y pedagogo, recientemente fallecido, afirma expresamente que estos errores contrarios a la fe y denunciados por la Santa Sede, son predominantes «en las aulas» y en los «textos», es decir, en la enseñanza teológica y en la formación catequética y religiosa que se va tratando de imponer hoy en Cataluña.

Tengo la convicción de que se da una continuidad entre esta profunda desviación teológica y las deformaciones «nacionalistas» de la conciencia histórica catalana contemporánea. En mi opinión no faltan desgraciadamente algunos núcleos, dirigentes de nuestra vida cultural y espiritual, para los que los pretextos nacionalistas son asumidos al servicio de una corriente de enfrentamiento a la doctrina católica y a la autoridad pontificia, tan profundamente arraigada durante siglos en la vida del pueblo cristiano de Cataluña. El sedicente «nacionalismo» es instrumento de lo que podríamos definir como «antipapismo».

No son de extrañar, en este contexto, los olvidos y desconocimientos que antes hemos intentado sugerir. Toda la historia, que patentiza en los siglos modernos «la Cataluña que pelea contra Europa», está entre nosotros totalmente silenciada; o es presen-

(13) PAU LÓPEZ Y CASTELLOTE, *Humanisme cristià* (Barcelona, 1987, pág. 55).

tada en formas unilaterales, encubridoras del sentido profundo de los acontecimientos.

Es siempre tarea urgente mantener viva y presente «La Tradición catalana», que proclamó Torras i Bages y que tan asiduamente estudió el profesor Francisco Elías de Tejada. Por las razones mencionadas, la reconquista para Cataluña de la autenticidad de su conciencia histórica se ha convertido ahora también en un servicio urgente a la defensa de la fe católica en su vigencia en la vida familiar, cultural y política.